

RELIGIÓN Y CIENCIA
ESTUDIOS PARA LOS TIEMPOS PRESENTES
IV

Estudios sobre la pluralidad de mundos habitados
y el Dogma de la Encarnación.

III

Las humanidades astrales
Y LA
Encarnación de Dios en la Tierra

POR EL

R. P. Ch. Ortolan, O. M. J.

Doctor en Teología y en Derecho Canónico
Laureado del Instituto de París
Miembro de la Academia de San Raimundo de Peñafort
y de la Sociedad Astronómica de París.

Traducido de la quinta edición francesa

POR

Norberto Roniora.

Precio 60 céntimos.

MADRID
CENTRO DE PUBLICACIONES CATÓLICAS
LIBRERÍA RELIGIOSA
Pontejos, 8

«Imprenta Ibérica». E. Maestre,
Calle de las Pozas, 12, Madrid.

CAPITULO PRIMERO

Nociones históricas sobre la tesis de la pluralidad de los mundos.

I

RESUMEN DE LOS ESTUDIOS PRECEDENTES

En dos de nuestros precedentes opúsculos consagrados á estudiar la tesis de la pluralidad de los mundos (1), hemos demostrado cómo—según los cálculos actuales de la Ciencia positiva—la habitación de los astros no parece ser el fin esencial de la Creación.

Sin duda alguna, nuestros argumentos han desagradado, desde luego, á los partidarios de esta tesis, por la cual tantas inteligencias se apasionaron en nuestra época.

Estamos persuadidos de que al leer el conjunto de nuestros razonamientos, no esperaban los lectores la amplitud de concesiones que nos propusimos hacerles al final de nuestro segundo opúsculo.

Habíamos sentado proposiciones del género de éstas, á saber: las estrellas, verdaderos soles, no se ha-

(1) «Etudes sur la pluralité des Mondes». Primer opúsculo: «L'Epanouissement de la vie organique á travers les plaies de l'infini». Segundo opúsculo: «Les Solsils et Terres célestes».

llan como nuestro Sol, todas rodeadas de planetas; muchas de ellas han debido permanecer aisladas, estériles, sin familia.

De otra parte, entre el pequeño número de estrellas centros de sistemas de astros, muchas son impropias para sostener la vida alrededor de ellas.

En fin, entre los planetas que gravitan alrededor de los soles vivificantes, y á pesar de ello, la mayor parte, por efecto de una multitud de circunstancias diversas, no se prestan á las exigencias de la vida.

Los globos habitables son, pues, la excepción entre las legiones de astros lanzados por la mano todopoderosa del Creador en los abismos de la inmensidad.

Aún, añadíamos, contándose los soles por millares de millones en las profundidades del espacio, los planetas habitables—á pesar de ser una excepción—tal vez se cuentan por centenas de millares, y más todavía.

A pesar de las restricciones impuestas por la Ciencia á la tesis de la pluralidad de mundos habitados, ésta continúa siendo, en parte, probable y verosímil. Nada al menos impide mirarla como tal.

Y no es, dicen, asombroso que de vez en cuando se pregunte en qué condiciones se encuentran ó se encontrarían esas poblaciones astrales, con respecto á la Religión revelada, dado, sobre todo, el dogma de la Redención de los hombres por la Encarnación del Verbo, Hijo único de Dios en la Tierra.

Antes de responder á esta cuestión tendríamos, en rigor, derecho á exigir que la tesis de la pluralidad fuese probada científicamente.

Si esa tesis permanece siendo una simple hipótesis, ¿por qué oponerla formalmente á un hecho cierto, cual es el de la Religión católica y el de su origen divino?

Pero entonces la cuestión sería indiscutiblemente

llevada de nuevo á las calendas griegas. Los apologetistas podrían dormir tranquilos, sin temor de ser despertados bruscamente por el ruido de los combates.

Desde hace largo tiempo, no se temería ningún ataque sobre este punto.

En efecto: la Ciencia actual, ó bien no dice cosa alguna acerca de la tesis de la pluralidad de mundos habitados, ó bien le es más opuesta que favorable.

¿Llegará alguna vez la Ciencia á estar en condiciones de iluminarnos en este punto? ¿Cuándo será capaz de ofrecernos, á ese propósito, cosa alguna que no sea congeturas?

Pedir á la Astronomía que nos enseñe las formas variadas, bajo las que se despliega la vida en las esferas celestes, ¿no es pedirle lo que no podría darnos ó enseñarnos?

¿Se han preocupado mucho de esta cuestión los verdaderos astrónomos? ¿No tenía Le Verrier (de quien nadie negará el genio ni rehusará la competencia) costumbre de decir que esas cuestiones caen absolutamente fuera de los dominios de la Astronomía?

¿No es aún esa misma la opinión de nuestros más grandes sabios?

¿No llega al término de sus investigaciones la Astronomía, después que pesa los astros, calcula sus dimensiones, mide sus volúmenes, aprecia la densidad de su atmósfera y descubre sus elementos constitutivos? ¿Qué más le queda por hacer?

Bien podrá multiplicar sus observaciones y precisarlas de más en más; pero en tanto que el telescopio no sea perfeccionado hasta el punto de mostrarnos seres vivientes que se mueven en la superficie de los globos celestes ó signos incontestables de la presencia de esos seres, la tesis de la pluralidad de mundos habitados no dará un paso más hacia la solución definitiva.

En este punto, á pesar de los descubrimientos maravillosos de la Ciencia moderna, no estamos más adelantados que lo que los sabios se hallaban hace dos ó tres mil años.

LA CREENCIA EN LA PLURALIDAD DE MUNDOS NO ES CONSECUENCIA DE LOS PROGRESOS MODERNOS DE LA ASTRONOMIA.

En el origen de los tiempos históricos, siete ú ocho siglos antes de Jesucristo, los discípulos de Pitágoras, y tal vez antes que ellos los egipcios, habían enseñado el movimiento de la Tierra sobre su eje, y su revolución anual alrededor del Sol.

También ellos admitían que la Luna y los planetas tienen montañas y valles, ríos y océanos.

Y al igual que muchos de nuestros contemporáneos, suponían la existencia de árboles y animales en las Tierras celestes, y hasta la existencia de hombres que habitaban en ciudades formando naciones.

Durante largos siglos persistieron esas ideas, siendo objeto de las meditaciones de profundos pensadores.

Al comienzo de la era cristiana se hallaban también más extendidas de lo que ordinariamente se cree. El mismo Cicerón, y después de él Séneca, habíanse detenido á considerarlas.

Tales ideas les parecieron problema digno de fijar la atención. Y tras examinarlas seriamente y en la imposibilidad de hallar una razón perentoria en favor ó en contra de ellas, permanecieron indecisos (1).

Algunos siglos después se encuentran muchos Pa-

(1) Sobre la creencia de los antiguos filósofos en el sistema heliocéntrico y en la pluralidad de mundos habitados, véase nuestra obra «Savants et Chrétiens» (1 vol. in 8.º de 500 págs.), 1.ª parte, capítulo IV: «La Astronomía en la Antigüedad».

dres de la Iglesia y un cierto número de teólogos proponiéndose el mismo problema, y estudiándolo, y resolviéndolo, con bastante frecuencia, optando por la solución afirmativa, en caso de duda.

Muy cierto es ese punto de la Historia, aunque generalmente lo ignoran los racionalistas modernos.

Fácil sería convencerles mostrándoles textos curiosísimos de Santo Dionisio el Areopagita, de San Juan Crisóstomo, de Teodoro, de Teofilacto, de San Ambrosio, de San Agustín, de San Basilio, y, sobre todo, de Orígenes. Pero los límites de este opúsculo no nos permiten desenvolver sus pensamientos; además, en otro libro los hemos expuesto con los detalles convenientes (1).

Durante la Edad Media, muchos teólogos han creído también en la habitación de los astros. San Agustín estudió ampliamente este problema que con frecuencia fué objeto de sus meditaciones según lo demuestra el hecho de que se ocupe de él diversas veces en sus numerosas obras.

Después de él, San Isidoro de Sevilla, en sus «Etimologías»; el famoso Scoto, en sus «Comentarios sobre las Sentencias»; el ilustre Cardenal Cajetano, uno de los príncipes de la Escuela Tomista, en sus «Comentarios sobre la Summa teológica de Santo Tomás de Aquino», y otros muchos, discutieron magistralmente la misma tesis, dándole una solución afirmativa (2).

Nos equivocáramos mucho suponiendo es reciente el origen de la hipótesis de la pluralidad de los mundos habitados. No es consecuencia de los nuevos progresos de la Astronomía; ya que tal hipótesis les ha precedido cerca de tres mil años.

(1) Acerca de esta cuestión véase el libro de Ortolán titulado «Astronomie et Theologie», 2.ª parte, capítulo IV, párrafo II.

(2) Consúltese la obra antes citada.

Pero esos progresos de la Ciencia no han despojado á la hipótesis de su carácter de incertidumbre. Desde hace veinte ó treinta siglos la Ciencia marcha á pasos de gigante; el dominio de los conocimientos positivos se ha agrandado de un modo inmenso; y sin embargo, el supuesto de la pluralidad de los mundos habitados no franqueó aún los límites de la simple probabilidad.

Estamos convencidos de que en los siglos venideros la Ciencia ha de seguir perfeccionándose.

Y á pesar de sus progresos futuros, ¿será entonces la Ciencia más favorable á la tesis de la pluralidad de los mundos habitados? No es imposible, pero es dudoso.

A pesar de que una persona apasionada por las verdades astronómicas ofreció un premio de cien mil francos al sabio que por primera vez nos ponga en comunicación con nuestros vecinos del planeta Marte, todavía no se ha logrado ni un resultado positivo.

Es verosímil que pasen muchos años antes de que el telescopio nos muestre esos habitantes de Marte, que son los que más cerca de la Tierra se hallan, á menos que también la Luna esté poblada.

Si nos es imposible ver á nuestros vecinos, ¿se necesitará menos tiempo todavía para que con ayuda del telégrafo ó de un fotófono—en el que los rayos luminosos jueguen el papel de hilos conductores—podamos cambiar nuestros pensamientos con los habitantes de Marte?

En tanto que no se realice uno ú otro de esos descubrimientos—ó alguno de su género—nada de cierto se sabrá acerca de la pluralidad de mundos habitados. Podríamos, pues—como antes lo hemos dicho—esperar en paz, sin inquirir cuáles son las posibles relaciones que medien entre las poblaciones astrales y el dogma de la Encarnación.

Tendríamos derecho á dejar ese problema al cuidado de nuestros sobrinos en segundo grado. Y, en efecto, ¿á qué fin perder el tiempo combatiendo enemigos que ni siquiera han nacido?

Pero, como muchos de nuestros contemporáneos se imaginarían que la Apologética retrocede ante una dificultad quimérica, cuyo valor exageran extremadamente, la examinaremos en este opúsculo.

Desde luego no pretendemos ser los primeros que traten la cuestión. Algunos nos han precedido; otros nos seguirán; la verdad no cambia, si bien está permitido exponerla de diferentes modos, según los tiempos y el medio donde cada cual se encuentra.

Así veremos, cada día con mayor evidencia, que la objeción (si es que la objeción existe) ha sido científica y teológicamente resuelta muchos siglos antes de que los enemigos de nuestra Fe se hallen en estado ó en condiciones de plantearla científicamente.

No daremos pretexto alguno para culpar á la Apologética de hallarse retrasada, cuando por el contrario, su adelanto es notorio.

Un buen general no se contenta sólo con defenderse; impide que el enemigo le dañe ó le perjudique.

El mejor médico no es el que cura la enfermedad lo es quien la prevé.

CAPITULO II

¿Todo planeta habitable está habitado?

I

ORIGEN DE LA VIDA SEGÚN LOS MATERIALISTAS.—LA GENERACIÓN ESPONTÁNEA Y LA TRANSFORMACIÓN DE LAS ESPECIES.

Precisemos los datos en que la cuestión se basa antes de responder directamente á la pregunta.

¿Están autorizados los partidarios de la pluralidad